

POSTURA DE GÉNERO: DESDE LA COTIDIANIDAD A LA PSICOTERAPIA

GENDER POSTURE : FROM EVERYDAY LIFE TO PSYCHOTHERAPY

*Yina M. Reyes Rodríguez, Psy.D c.,¹
Norma Maldonado Santiago, Ph.D.,
Carmen Rivera Lugo, M.S.*

Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico

Reçu le 21 janvier 2012, accepté le 14 mai 2012

Resumen

Es pertinente que los profesionales de la psicología clínica asuman una postura de género crítica en el escenario de terapia para “hacer psicología”. Tal postura posibilita una mirada alterna al panorama de las relaciones con el Otro. Se presentan análisis históricos y críticos de estudios de género desde diversas disciplinas. Se analiza el desarrollo de modelos psicoterapéuticos de las corrientes teóricas principales. Se hace énfasis en la postura de la ignorancia como base para integrar la perspectiva de género al espacio terapéutico desde el construccionismo social y su diversidad. Es una invitación a reflexionar acerca de las desventajas de asumir las intransigencias discursivas que permean los estudios de género: la perenne dicotomía entre hombre-mujer, sexo-género, machismo-feminismo, estudios de la mujer-estudios de la masculinidad hegemónica, entre otros. Desventajas que posibilitan un replanteamiento para la construcción de otras miradas hacia las relaciones con el Otro, desde la tolerancia, la sensibilidad y la flexibilidad.

Palabras clave: *sexo, género, vida cotidiana, postura de la ignorancia, el Otro*

Posture de genre : de la vie quotidienne à la psychothérapie

Résumé

Il est utile que les professionnels de la psychologie clinique assument une position critique envers les questions liées au genre afin de conserver une position de

¹ Colegio de Estudios Graduados en Ciencias de la Conducta y Asuntos de la Comunidad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, Recinto de Ponce. Dirección: P.O. Box 561367 Guayanilla, Puerto Rico 00656. Tel: (787) 547-3539 - Correo electrónico: yinlulalibe@gmail.com

psychologue. Une telle position permet de poser un regard alternatif sur les relations à l'Autre. Les analyses historiques et critiques d'études de genre sont le fait de diverses disciplines. Nous analyserons ici le développement de modèles psychothérapeutiques issus des principaux courants théoriques. On soulignera l'importance de la position de l'ignorance comme condition d'intégration de la perspective de genre à l'espace thérapeutique dans la construction sociale et sa diversité. Ceci invite à réfléchir sur les inconvénients liés aux intransigeances du discours des études de genre : la dichotomie homme – femme, sexe – type, machisme – féminisme, femmes et hégémonie masculine, etc. Inconvénients qui permettent une remise en question pour la construction d'autres points de vue sur les relations à l'autre, la tolérance, la sensibilité et la flexibilité.

Mots-Clés : *sexe, genre, vie quotidienne, position de l'ignorance, l'Autre.*

Gender Posture : From Everyday Life to Psychotherapy

Abstract

As psychotherapists and clinical psychologists, it's relevant to assume a critic position towards gender issues. Such position allows alternate views to traditional relations to the Other. Introducing a historical and critical analysis of gender studies as the result of various disciplines. We will also analyze the development of psychotherapeutic models from the major theoretical currents. We emphasize the importance of the ignorance as a therapeutic position and condition for the integration of a gender perspective to the therapeutic space from social constructionism and its diversity. This prompts us to reflect on the disadvantages of the rigidities of gender studies's speech: the dichotomy man - woman, sex - gender, masculinities - feminism, women studies and male hegemony, etc. Disadvantages that enable a rethinking for the construction of other views toward the relations with the Other with tolerance, sensitivity and flexibility.

Keywords: *gender, everyday life, position of the ignorance, the Other.*

POSTURA DE GÉNERO: DESDE LA COTIDIANIDAD A LA PSICOTERAPIA

*“Porque al fin y al cabo el miedo de la mujer a la violencia del hombre,
es el espejo del miedo del hombre a la mujer sin miedo”.*
Eduardo Galeano, escritor y periodista uruguayo

En las culturas occidentales, uno de los primeros interrogantes que una futura madre recibe posiblemente sea el relacionado al sexo del bebé en gestación. Las expectativas sociales, los roles asignados y las diferencias por sexo y género establecen, desde la concepción, la proyección hacia el mundo de lo que debe ser un hombre o una mujer. Estas fundan esa esencia humana: azul o rosa, macho o princesa, muñecas o carritos, libertad para el llanto o su prohibición, jugar en la casa o en la calle, entre otras. El género delinea un sinnúmero de variables de la existencia de lo que debe ser un hombre o una mujer. Es significado por las normas sociales, el contexto político, religioso, económico, cultural, la historia de vida y el bagaje personal.

Se observa que estas delineaciones son construidas con un carácter dicotómico, es decir, que se han elaborado dos mundos distantes, opuestos, entre los sexos. Esta dicotomía propone una postura y mirada de intransigencia, en las expectativas sociales puestas en el sexo y género de las personas y en las maneras en que nos relacionamos con el Otro. El sexo, lo que biológicamente distingue el macho de la hembra y el género, las expectativas sociales de cómo debe comportarse una persona que sea hombre o mujer (Menjivar-Ochoa, 2001), permea, desde la intransigencia de la dicotomía hombre-mujer, la vida cotidiana de las sociedades occidentales.

Berger y Luckmann (1967) indican que la vida cotidiana en tanto realidad es una construcción intersubjetiva, un mundo compartido, que presupone procesos de interacción y comunicación mediante los cuales comparto con los Otros y experimento a los Otros. Añaden, que la vida cotidiana al establecerse inherentemente como realidad, no requiere verificaciones; es una realidad que se expresa como un mundo dado, naturalizado y ontogenizado (Berger y Luckmann, 1967). La inmersión de los seres humanos en la vida cotidiana, hace de ésta una *real* e imperiosa; de ahí que desafiar alguna imposición de esta realidad, se convierte en un ejercicio reflexivo, arduo y revolucionario.

Asumir que la realidad está construida por el Otro, equivale a reconocer que el dominio de lo humano es dominio de lo social. La humanidad del sujeto la conforman su necesidad y capacidad social; el *homo sapiens* es siempre y en la misma medida,

homo socius (Durkheim en Berger y Luckmann, 1967). El presente trabajo supone, entre otras cosas, examinar cómo el género como construcción social permea la vida cotidiana.

Además, la planteada relación entre lo humano y lo social, utiliza el lenguaje como terreno común, para significar subjetivamente el mundo (Neimayer y Mahoney, 1998). Foucault (1980), planteaba que el lenguaje es de gran pertinencia en las relaciones, al tener el poder singular de pasar el sistema de signos hacia el ser del que lo significa. Esta mirada hacia la cotidianeidad y su énfasis en la pertinencia del lenguaje provee como corriente filosófica una prolongación en la *praxis* en el campo de la psicoterapia (Izquierdo, 1998). Es decir, que el espacio filosófico-teórico que brindan los estudios de la vida cotidiana y su base en el lenguaje, extiende su teorización a la psicoterapia. Esta prolongación se evidencia en las propuestas del paradigma del construccionismo social, específicamente en hacer psicoterapia desde la postura de la ignorancia (Anderson & Goolishian, 1996).

Desde la perspectiva construccionista, la psicoterapia se define como un intercambio abigarrado y sutil, una negociación de significados interpersonales, con el objetivo de articular, elaborar y revisar aquellas construcciones que utiliza el cliente para organizar su experiencia y sus actos (Neimayer y Mahoney, 1998). Anderson & Goolishian (1996) añaden que las personas organizan y significan su experiencia a través de construcciones sociales y realidades narrativas; “significados” que se escudriñan en la terapia. Por otra parte, la postura de la ignorancia propone: que el experto es el cliente porque es el experto en su propia vida, por lo que la terapia debe girar en torno al diálogo como herramienta para comprender y generar significados; y sobre todo a la significación dada a la experiencia humana (Gergen, 1985; Gergen & Mc Namee, 1996 y 1999).

La postura de la ignorancia provee un amplio espacio para comprender y revisar los discursos hegemónicos acerca del género que gobiernan la cotidianidad del cliente y sus relaciones con el Otro. Sirve de coyuntura para invitar al cliente a la reflexión desde la tolerancia y la inclusión, no desde la intransigencia y el poder. Sin embargo, para que el terapeuta o la terapeuta evoque esta reflexión en su cliente, debe haber experimentado la reflexión en sí mismo(a).

Este trabajo intentará analizar críticamente, la producción de conocimiento relacionada a los estudios de género y la transformación de los discursos sociales respecto a las expectativas puestas en los hombres y las mujeres de occidente. Se analizarán las bases socio-culturales del género que impregnan la vida cotidiana.

Además, se examinará cómo los diversos modelos psicoterapéuticos han trabajado el género, dando especial énfasis a la mirada construccionista y la postura de la ignorancia. Finalmente, se invita al lector y a la lectora a reflexionar acerca de la pertinencia de asumir una mirada crítica hacia los asuntos de género que se conciben tanto en la vida cotidiana, como en el espacio terapéutico.

Bases socio-culturales del género

Welter (1978) y Pleck (1981) indican respectivamente, que la era victoriana sentó las bases en occidente de lo que hoy conocemos como los típicos roles de género. Welter (1978) apunta que el periodo decimonónico se rigió por cuatro virtudes cardinales que delineaban las expectativas en los estilos de vida de la mujer: piedad, pureza, sumisión y habilidades domésticas. Es decir, que la mujer debía ser naturalmente religiosa, virginal, desinteresada en el sexo, débil, dependiente, tímida y ducha en las labores del hogar. La pérdida de alguna de estas 'virtudes' deterioraba el status social, ante sí misma, su marido y vecinos. Brannon (1996) añade que el llamado culto a la "mujer verdadera", alcanzó la cúspide en la era victoriana, también consideraba que la mujer que lograba practicar esas virtudes a cabalidad, conseguía enaltecer y transformar al hombre.

También Pleck (1981) señala, que en la era victoriana se sientan las bases para lo que llama la *identidad sexual del rol masculino*. El autor describe que tal identidad es la concepción dominante de la masculinidad en nuestra sociedad y que se hace fuente de problemas sociales y cuestiones internas en el hombre como sujeto. Pleck, distingue cuatro rasgos de la masculinidad hegemónica: rechazo de lo femenino, la necesidad de poseer un status social, el heroísmo, que apunta a la confianza en sí mismos, al auto-control en las situaciones de crisis, y a la aceptación de la osadía, la agresividad y la violencia como instrumentos para resolver los problemas. Welter (1978) y Pleck (1981) coinciden al señalar la permanencia actual de muchos de estos estereotipos en el imaginario social de occidente.

Además, los medios de comunicación masivos se hacen eco de estos estereotipos decimonónicos (Bly, 1990). Mc Luhan (1964), elabora la teoría de estudios comparativos de los medios. La teoría afirma que los medios de comunicación masiva ejercen efectos profundos y variados en el imaginario social y la cultura. El postulado concuerda con las perspectivas construccionistas y posmodernas de la comunicación como creadora de significado, y del uso de los medios de comunicación masivos como instrumentos del lenguaje que replican, hoy en día, los estereotipos creados en la era victoriana.

En Latinoamérica, por ejemplo, las telenovelas presentan consistentemente la misma historia: la doncella (virginal), trabajadora (ducha en las labores domésticas), católica (piadosa) y víctima de su destino (sumisa), se enamora del hombre heredero de la fortuna (poseedor de éxito y status social), guapo, mujeriego, que defiende el orgullo de la familia con pistolas y peleas (héroe, agresivo, osado). El final feliz de los protagonistas, que encarnan las cuatro respectivas virtudes de su género descritas anteriormente, se consuma con la boda de la doncella y en la transformación radical del caballero andante, pues las virtudes de ella transformaron las de él. Los medios de comunicación, como apuntan Walsh (1985) y Mc Luhan (1964) a través de canciones, textos, imágenes e informaciones verbales, destilan mensajes que reproducen y difunden esquemas sexistas de los roles de género.

La vida cotidiana es la materia prima, que atravesada por lo socio-cultural, replica idearios, estereotipos y prácticas referentes a los roles de género. En este sentido, Rubin (1975) y Unger (1979) concuerdan en que los roles, diferencias y prejuicios se asignan y construyen socialmente y son parte de la realidad al nacer. Indican, además, que se asumen como verdaderos, naturales y que al ser parte de la vida cotidiana, la persona los hace suyos sin cuestionarlos. West y Zimmerman (1987), hablan sobre los roles de género como un continuo "hacer" que se lleva a cabo en la vida cotidiana de hombres y mujeres, donde su competencia como actores sociales, les demanda dicho quehacer. Este "hacer" emerge de un complejo proceso social, guiado por las percepciones, las interacciones y actividades micropolíticas que legitiman las particularidades "naturales" de ser hombre y de ser mujer (West y Zimmerman, 1987). Por tanto, el género, más que un carácter individual, deviene constantemente en situaciones, relaciones de poder, vínculos y arreglos sociales que fundamentan, replican y legitiman las divisiones más fundamentales de la sociedad (Laqueur, 1990; Kauffman, 1991 y 1997; Fausto-Sterling, 2000; Crawford & Popp, 2003).

Simone de Beauvoir (1949) dijo: *"la sociedad, siendo codificada por el hombre, decreta que la mujer es inferior; la única manera de deshacerse de esta inferioridad es destruyendo aquella superioridad"* (p. 105). Estas palabras representan el ejercicio reflexivo de la filósofa francesa que cuestiona la naturalidad de la vida cotidiana. El ejercicio reflexivo del cuestionamiento de las imposiciones de la vida cotidiana, del que hablan Berger y Luckmann (1967), genera cambios sociales, por tanto nuevas construcciones y significados. Las palabras de Beauvoir también manifiestan el status de supremacía que durante siglos correspondía a los hombres. Igualmente, expresan la configuración de la vida cotidiana, enmarcada desde la supremacía masculina. Vale notar, en este sentido, cómo todos los continentes han sido escenarios de opresión hacia la mujer: vendaje de pies en China, mutilación femenina en África, lapidación,

abortos femeninos, esterilizaciones en masa, desigualdades legales y laborales, violencia doméstica, *date rape*, entre otras prácticas (Pujal, 2002).

No obstante, según Walsh (1985), la supremacía masculina sufrió un destronamiento con los movimientos feministas de las décadas del 60 y 70. Actualmente, apunta Freedman (2002) los movimientos feministas, diversos y variados entre sí, conforman una ideología y un conjunto de movimientos políticos, culturales y económicos que tienen como objetivo la igualdad de los derechos de las mujeres con los de los hombres. Por su parte, Kimmel (1997) define el feminismo como el movimiento social que reflejó una batalla contra el sexismo como instrumento del patriarcado para prolongar la situación de inferioridad y subordinación de la mujer.

A los movimientos feministas, se le atribuyen cambios sociales de gran trascendencia como el sufragio femenino y la protección contra el acoso sexual. Vale notar que los movimientos feministas suponen planteamientos divergentes elaborados a través de su historia. En este sentido, Humm y Walker (1990) indican que la historia del feminismo puede clasificarse en tres olas. La primera se sitúa a finales del siglo XIX y principios del XX, centrándose en el logro del derecho al sufragio femenino. La segunda ola, se ubica en los años 60 y 70 con énfasis en la liberación de la mujer. La tercera, comienza en los años 90 y se extiende hasta el presente, constituyendo una prolongación de la segunda ola en reacción a nuevos espacios de discusión en torno a los noveles roles 'modernos' asignados a la mujer.

Ahora bien, los movimientos feministas y su crítica a la desigualdad de género, además de intervenir en la producción de conocimiento de diversas disciplinas, proponen una visión del género inclusiva, al posibilitar una reflexión teórica en torno a los estudios de género y de la masculinidad (Barrios-Klee, 2010). Ello resultó en la contraparte crítica al patriarcado: las desventajas y consecuencias sociales de la masculinidad hegemónica en los hombres. Al asumir que el género surge de las relaciones de deseo y poder, Connell (2001) que para comprender las inequidades de género es esencial investigar tanto al grupo menos privilegiado, como al privilegiado. El autor añade que se hace necesario examinar las prácticas de género y las maneras en que el género define las posiciones, cómo empodera o restringe. Las construcciones sociales del género masculino, quizás no correspondan exactamente con lo que los hombres cotidianos son o desean ser.

En la actualidad, estas desventajas y consecuencias sociales de la masculinidad hegemónica y el patriarcado, se han convertido en una preocupación a nivel teórico-académico por cómo afectan a los actores sociales de la vida cotidiana. Messner (1995),

define la masculinidad hegemónica como las concepciones socialmente dominantes, los ideales culturales y las construcciones ideológicas de lo que es apropiado de la masculinidad. Ampliando lo anterior, Toro – Alfonso (2006, 2008 y 2009), apunta que la masculinidad hegemónica, como paradigma dominante es un concepto arcaico y repasado por el tiempo y las circunstancias. Toro- Alfonso (2008) propone que de esto da cuenta la versatilidad de los hombres contemporáneos y su decisión o necesidad de incorporarse a los cambios sociales y aceptación de la democratización de los intercambios sociales.

Mientras Connell (1987, 1995 y 2001), ha reformulado el concepto de la masculinidad hegemónica destacando la jerarquía de género y el reconocimiento de las masculinidades según sus espacios geográficos y haciendo énfasis en la relación entre lo local, lo regional y a un nivel global. También incluyó, con respecto a la teoría de la masculinidad hegemónica, la lucha de poder entre los hombres, el liderazgo político, la violencia pública y privada, las familias no tradicionales y la sexualidad.

Todo lo anterior permite considerar cómo el conocimiento elaborado hasta el momento, acerca de la vida cotidiana y el género, demuestra que la cotidianidad sirve como cimiento principal en que se realiza la constante y cambiante construcción social de los roles y estereotipos de género. Es insertados en la vida cotidiana que significamos y experimentamos el género en nuestras relaciones con el Otro.

Bases históricas y teórico-filosóficas de los estudios de género

En el siglo XVII, François Poulain de la Barre esgrime lo que pudiera ser una primera mirada crítica a los conflictos de desigualdad por cuestiones de género (López, 2011). De la Barre (citado en López, 2011) defiende la idea de que la desigualdad social entre unas y otros, no es resultado de las diferencias naturales, sino que reside en formulaciones que emplean la inferioridad social de la naturaleza femenina.

Ya en el siglo XIX, James Stephen y John Stuart Mill escribieron ensayos pertinentes sobre la cuestión de la igualdad, ubicándose en los cánones de los textos clásicos del pensamiento político, señalando cómo los pensadores de la época ignoraban a las mujeres o bien que quedaran incluidas dentro de la identidad colectiva de los hombres. (Lamas, 2000 y López, 2011).

Adentrándonos en la psicología como disciplina, ya en el siglo XIX la psicología diferencial, si bien no trabajó directamente con las diferencias de género como lo

conocemos hoy, sí manejó las diferencias en sexo a niveles biológicos, en por ejemplo, el desempeño cognitivo (Halpern, 2000).

Ya a mediados del siglo XX, la Escuela Funcionalista, rama disciplinar de la Psicología, también realiza estudios de los sexos, puntualizando en las diferencias individuales (Brannon, 2004). Sin embargo, con el devenir de la Escuela Conductista, la producción de conocimiento y el ejercicio teórico de mirada mecánica del ser humano, con énfasis en la conducta observable, se desliga del estudio de los sexos. Con la aparición de la figura de Sigmund Freud y el Psicoanálisis, se retoma la mirada hacia los sexos **(Rubin, 1975; Unger, 1979; Morgan, 1981; Tubert, 2003 y Brannon, 2004)**. La teoría, atravesada por la mirada biologicista y médica de la época, expone que el desarrollo de la personalidad se rige por los impulsos que se van configurando a través de las etapas psicosexuales. Estos postulados dieron espacio a una teorización, que en la era victoriana, además de ser catalogada como tabú, aludía implicaciones contrastantes entre las mujeres y hombres.

Lo que actualmente, se conoce como estudios de género, que incluye las vertientes de los estudios de la mujer y de la masculinidad, se atribuyen principalmente a los movimientos sociales ocurridos en occidente en las décadas de 1960 y 1970: el Movimiento de Lucha por los Derechos Civiles y el Movimiento Feminista (Freedman, 2002). Walsh (1985) indica que ambos movimientos sociales, fueron coyuntura para revisar y criticar los roles y estereotipos de género existentes, logrando cambios significativos civiles, legales y sociales como el sufragio femenino, la apertura al mundo laboral y académico a las mujeres, el control de natalidad, entre otras. Estos cambios sociales influenciaron la producción de conocimiento psicológico. Los llamados estudios de género, atravesados por el movimiento feminista, revisan y reconstruyen desde diversas disciplinas, el conocimiento existente acerca de la mujer elaborando las miradas críticas hacia las diferencias y similitudes entre los sexos, la naturalización de los roles y estereotipos asignados a cada sexo (Walsh, 1985).

Esta producción de conocimientos generó la distinción teórica entre el concepto sexo y género, con definiciones dicotómicas, según Unger (1979). Aunque propone que la distinción entre ambas nociones surge de la dicotomía entre lo biológico y lo social, añade que, sin embargo, al proliferar los estudios acerca de las diferencias sexuales entre hombres y mujeres, los investigadores y las investigadoras usaban indiscriminadamente los términos. Unger (1979) propone la voz género, para designar características conductuales culturalmente apropiados para el hombre y la mujer. Otros autores, como Rubin (1975) define género como un sistema de relaciones sociales que transforma la sexualidad biológica en productos de actividad humana. Stoller (1964),

utiliza la noción género con el ánimo de poder diagnosticar a aquellas personas que aunque poseían un cuerpo de hombre, se sentían como mujeres. Izquierdo (1998), en contraparte, explica que en el modelo clásico, el concepto de *sexo* y *género* han sido utilizados como categorías dicotómicas y mutuamente excluyentes, que sin embargo, han precisado a su vez de una absoluta correspondencia, de forma que a un cuerpo de mujer le corresponde un género femenino, mientras que a un cuerpo de hombre le corresponde necesariamente un género masculino.

Efectivamente, estas conceptualizaciones clásicas, anulan las implicaciones sociales que han resultado de la deconstrucción de dicha dicotomía de modelos actuales, dando otro sentido teórico al sexo y género como construcciones sociales. Por ejemplo, Gil-Rodríguez (2002) reseña la teoría de la performatividad de Judith Butler, que plantea una deconstrucción de dicha dicotomía: *"Quizá esta construcción llamada "sexo" esté tan culturalmente construida como el género; de hecho, tal vez siempre fue género, con la consecuencia de que la distinción entre sexo y género no existe como tal"* (p. 105). No obstante, este planteamiento no mitiga la dicotomía, pues implícitamente abraza la correspondencia de que al hombre le corresponde el género masculino y a la mujer le corresponde el femenino. Sin embargo, en la mirada construccionista, la dicotomía entre sexo y género es ampliamente cuestionada y deconstruida. La variable sexo no es vista como realidades biológicas y ahistóricas; lo que es tomado como "biológico y natural" está indudablemente atravesado por las diversas redes de significados que distingue cada cultura y cada época de otra y de un sub-grupo a otro dentro de una misma cultura (Laqueur, 1990; Fausto-Sterling, 2000). Y en cuanto al género, los modelos construccionistas cuestionan el carácter atribuido de supuesta individualidad, estaticidad, prevalencia, y su distanciamiento del lenguaje y cultura (Crawford & Popp, 2004). Por lo que en la actualidad, los modelos hacen una ruptura de la dicotomía; careciendo del determinismo de los modelos clásicos y aunando una mirada crítica entre estos constructos sociales.

El feminismo hizo su aportación frente a la dicotomía histórica, presentado en sus dos vertientes. Una parte criticó la dicotomía naturaleza-cultura, mientras que la otra abrazó la dualidad sexo-género, aludiendo a su validez para combatir los determinismos biológicos (Keen, 1991). Sin embargo, la segunda vertiente prevaleció. Una de las razones para abandonar la crítica dicotomía naturaleza-cultura fue el hecho de que en un segundo momento del feminismo, tanto la naturaleza como el cuerpo fueron tomados como "certezas", a fin de utilizarlos conceptualmente como espacios de resistencia. Si en un primer momento, el movimiento llamado feminismo de la igualdad o primera ola, perseguía demostrar que las diferencias hombre-mujer no venían naturalizadas; en la segunda ola éstas pasaron a ser interpretadas por muchas

pensadoras como esenciales, y la biología se convirtió en un factor clave en la argumentación teórica de las reivindicaciones (Pujal, 2002). Es importante señalar, que la teorización feminista se ha movido contra este determinismo biológico, apoyando los postulados del construccionismo social (Haraway, 1991).

Otra parte de la producción teórica se posicionó en los estudios de género, que nutriéndose de la interdisciplinariedad, se construyeron como objeto de estudio con visiones y paradigmas pluralistas e inclusivos. La teoría sociológica feminista de Ritzer (1974) ilustra lo anterior al integrar la Teoría de Diferenciación de Género, que se enfoca en los aspectos biologicistas, institucionales y socio-psicológicos del género; la Teoría de Desigualdad, que hace una integración de los Movimientos Feministas y Marxistas en un intento de contextualizarlos; y la Teoría de la Opresión que se nutre del Psicoanálisis, el Feminismo Radical y el Feminismo Socialista. Así como indican Madoo-Lengermann & Niebrugge en Ritzer (1974), la producción de conocimiento se relaciona estrechamente con la producción ideológica, conectando la estructura del sistema con la interacción social y la conciencia.

Toro-Alfonso (2008) apunta que desde los estudios de género, surge la investigación del hombre y la masculinidad a mediados de los 70. Cabe reconocer lo reciente de este campo de estudios. La crítica a los roles de género, en especial al patriarcado, emana del supuesto de que “la ideología de la masculinidad crea directamente un trauma en la socialización de los hombres” (Pleck, 1995). A partir de entonces, se comienza a conceptualizar los costos cognitivos, emocionales y de vida, que impone esta ideología en su continuo e infructuoso intento de ajustarse al discurso ideológico de lo que debe ser el Hombre. Contrastando con la noción de que la adquisición del modelo dominante de la masculinidad es algo natural y una experiencia armónica, propone que el rol masculino pase a ser visto como una carga para los hombres (Toro, 2008).

Es en este sentido, que el construccionismo social añade, que la masculinidad y el poder son resultado de un proceso de socialización en el que los hombres simplemente heredan el poder y que las personas de forma consciente y activa definen lo que significa ser hombres en la interacción diaria con otras personas (Connell, 1987). Menjívar-Ochoa (2001) indaga la masculinidad desde las relaciones de poder que subyacen en el patriarcado y hace énfasis en las consecuencias negativas de esta hegemonía en la construcción de las identidades masculinas en los hombres. Propone una redefinición del hombre como sujeto social. En su uso moderno, la masculinidad asume que la conducta es resultado del tipo de persona que se es. Es decir, una persona no-masculina se comportaría diferentemente, por ejemplo, sería pacífica en lugar de

violenta, conciliatoria en lugar de dominante, indiferente en la conquista sexual, y así sucesivamente. Esta concepción presupone una creencia en las diferencias individuales y en la acción personal. Pero el concepto es también inherentemente relacional. La masculinidad existe sólo en contraste con *la femineidad*. Una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana (Connell, 1995).

La intolerancia implícita, y en ocasiones explícita, en el discurso de las dicotomías de sexo-género y masculino-femenino posee serias implicaciones en su discurso, pues se posiciona desde la intransigencia. Esta intransigencia, hace especial énfasis en la vida cotidiana a las bifurcaciones trazadas socialmente, entre hombres y mujeres; levantando una muralla que separa y significa la manera en cómo nos relacionamos con el Otro. Pared que distancia las posibilidades de la comprensión sensitiva al género en nuestras relaciones. En el sentido lacaniano se hace necesario comprender el contexto de esta intransigencia para poder construir una nueva manera de relacionarnos con el Otro, como un “espejo” o variación de mí, aunque ese Otro sea del sexo opuesto (Blasco, 1992). Posicionarse en la tolerancia, en la comprensión de cómo los géneros se construyen socialmente y en la visión del Otro como una variación de mí, brinda un espacio con infinitas posibilidades para construir formas diversas de nutrir las relaciones con el Otro. Levantar este puente entre los géneros al significar el Otro como una diversificación de mí en nuestra vida cotidiana, se traduce en el espacio de encuentro humano que supone la psicoterapia. Abrazar este puente, supone a su vez, hacer psicoterapia desde el no saber. No saber, en tanto no asumir los estereotipos y roles de género socialmente contruidos, que nos distancien en ese encuentro humano con el cliente. Cuando nos posicionamos en no asignar ni reproducir estos discursos hegemónicos en la sala de terapia, podemos ver al cliente como ese Otro; que es una persona inmersa en una realidad pre-construida que puede cambiar.

Psicoterapia y Género

Uno de los desafíos que enfrentan el estudioso y profesional de la psicoterapia es valorar las similitudes y diferencias entre distintos acercamientos, modelos, y teorías de la psicoterapia para integrarlos y reconciliarlos a las necesidades del cliente (Bernal, 2005). Para Ford y Urban (1998), la psicoterapia es una intervención profesional que tiene el propósito de aliviar la angustia psicológica, los trastornos conductuales y psicológicos, y los problemas sociales. Bergin & Louis (1994), la definen como el servicio profesional basado en una relación contractual cliente-profesional para solucionar

conflictos psicológicos. Para Frank & Frank (1991) la psicoterapia abarca todo tipo de influencia social para lograr el bienestar de la persona.

Sin embargo, cómo es que las principales Escuelas Psicológicas han trabajado, en su quehacer disciplinar, el concepto de género en la psicoterapia. Bateman, Brown & Pedder (2000) señalan que las distintas corrientes psicoterapéuticas se han ido desarrollando hasta la actualidad en la misma medida en que se han ido profundizando las líneas teóricas que las sustentan. Además, cada una de estas vertientes disciplinares poseen elementos en común, que se describen explícitamente en sus postulados iniciales. Estos pueden resumirse de la siguiente manera: una cierta concepción del "comportamiento humano normal" o "sano", una cierta concepción del "comportamiento humano no-normal" y una metodología específica para la generación de cambios (Bateman, Brown & Pedder, 2000). Sin embargo, también es posible encontrar elementos de cada escuela psicológica que diversifican la disciplina psicoterapéutica. Esta diversidad responde al énfasis dado a la "concepción de mundo y del ser humano" y cómo, a su vez, se afectan los roles de los implicados en el contexto psicoterapéutico. Esta diversidad de corrientes y escuelas tiene su origen en las distintas formas de comprender la experiencia humana, la salud o enfermedad, la metodología utilizada y, muy especialmente, al contexto socio-histórico en que fue creado el modelo.

Debido a que los modelos psicoterapéuticos son sumamente extensos, académicamente, se han clasificado cuatro grandes líneas de psicoterapia enmarcadas en la Modernidad, que, vale decir, no necesariamente responden cronológicamente a cómo se desarrollaron en la disciplina de la Psicología. Las cuatro vertientes disciplinares se clasifican en: la línea psicoanalítica, la línea conductual, la cognitivo-conductual y la línea humanista. Los enfoques construccionistas y constructivistas surgen en la Posmodernidad (Gergen, 1985).

Ahora bien, la vertiente psicoanalítica apoya su teorización en las dinámicas contrastantes que se dan entre hombres y mujeres. El planteamiento freudiano acerca del origen de la diferencia entre los sexos y la construcción de la masculinidad/feminidad en los seres humanos fue objeto de controversia en el psicoanálisis a lo largo del siglo XX, más exactamente a partir de los años veinte, en los que Freud (1923) teorizó la fase fálica y su preeminencia para la comprensión de la identidad sexual de niños y niñas. Ahora bien, una de las dificultades que Freud lega es la de haber tomado el sexo biológico como fundamento para la identidad masculina o femenina. En el recorrido, diferentes escuelas del psicoanálisis se han enfrascado en discusiones acerca del conocimiento más o menos temprano de la niña y sus genitales, con el fin de establecer si hay o no una feminidad primaria. El debate comienza cuando

aún Freud vivía; sostenido por otros teóricos como Melanie Klein y Karen Horney, a propósito de la existencia de una primitiva identidad femenina, pero siempre ligada al sexo biológico (Mitchell, 1976). Por otro lado, Ferguson (2003), señala que el psicoanálisis, en su calidad de teoría de la subjetividad humana, ha ejercido una gran influencia en la teoría feminista de los movimientos de mujeres europeos y estadounidenses de la segunda ola. La teoría de Freud apunta hacia la idea de una construcción social del género por intermedio de la psique, el deseo sexual y el inconsciente, más profundo que el que ofrecen las corrientes sociológicas (Ferguson, 2003).

Sin embargo, Tubert (2003) como psicoanalista esgrime que tanto la corriente psicoanalítica inicial y las vertientes más avanzadas del feminismo han rechazado el postulado de una identidad sexual biológicamente determinada. Afirma que la identidad sexual es el resultado de un proceso, del devenir de cada sujeto y de sus relaciones con el Otro. Como afirman Freud y Simone de Beauvoir en sus perspectivas, conjuntamente consideran que no es posible definir lo que la mujer es sino cómo deviene, es decir, no admiten una esencia dada sino una génesis social.

Por su parte, la escuela conductista maneja el concepto de género de otro modo. García (2005) destaca que el discurso conductual está atravesado por el discurso de la masculinidad hegemónica, de manera implícita. La autora reseña el manifiesto Conductista de John B. Watson de 1913: “La psicología, tal como la ve el conductista, es una rama experimental puramente objetiva de las ciencias naturales. Su objetivo teórico es la predicción y control de la conducta”. Si el ideal victoriano de la femineidad, a cuya definición contribuyen los propios psicólogos y psicólogas, se caracterizó por su carácter emocional, sumiso y relacional; el ideario conductista se definió, según García (2005), a partir del rechazo de dichos atributos, el rechazo de lo femenino. En la praxis, la psicología conductual implicaba el abrazo a la objetividad y el control social y experimental, el distanciamiento emocional, la impersonalidad, la neutralidad y la defensa de leyes universales que gobiernen el quehacer humano, atributos todos ellos vinculados socio-históricamente con la masculinidad hegemónica.

Vargas-Mendoza (2007), señala que en siglo XIX los profesionales de la psicología, en su mayoría hombres, se dedicaron a medir experimentalmente las diferencias sexuales en capacidad y temperamento; usando sus conclusiones para apoyar una campaña en contra de la educación superior y profesionalización de la mujer. En general, la escuela conductual plantea que las conductas asignadas al género femenino o masculino se aprenden a través de modelos del ambiente y se replican a través del refuerzo o el castigo (Martin, Ruble y Szkyrbalo, 2002), sin consideraciones adicionales

que den cuenta de porqué, dónde y cuándo unas determinadas prácticas se privilegian sobre otras a nivel de orden social. La constitución de la psicología conductual como ciencia objetiva, racional, asentada en los principios de control, dominio y excluyente de cualquier atisbo femenino; ejemplifica cómo se trabajó la masculinidad y femineidad de manera tácita en el discurso psicológico y educativo que devino hegemónico, particularmente en Norteamérica, a partir de la década de los 50.

La vertiente cognitiva es la tercera escuela de la psicología y hace énfasis en el procesamiento de información resultante de la interacción de la persona con su medio. Ha aportado la concepción del ser humano como un procesador activo que se relaciona con su medio e interactúa con él procesando la información: percibiendo, codificando, asociando y transformando. A grandes rasgos, la escuela cognitivo-conductual abraza el planteamiento de que las personas desde la infancia crecen reconociendo la importancia de las categorías de su propio género, y que estas cogniciones preceden e inciden los actos o conductas (Bussey y Bandura, 1999). Por su parte, la teórica Sandra Bem (1981) usó constructos de la psicología cognitiva para destacar la importancia de las diferencias de género en la organización de la cotidianidad y los roles de género. Bem (1981) indica que en la infancia lo cognoscible tiene un referente de género incluso a nivel simbólico, que sugiere una compleja red que asocia la existencia en función del género. La autora elabora que todo procesamiento de información está basado en la función de género, desarrollando un esquema cognitivo basado en el género, que es el núcleo de la tipificación sexual. Los planteamientos de Bem (1981) se contraponen a la teoría del aprendizaje social de Bandura (1986), tanto en cuanto plantea que las conductas relacionadas al género se adquieren y mantienen a través de las estructuras cognitivas que se desarrollan durante la niñez, indicando que el pensamiento estereotipado identitario juega un rol menor en contraste a otras fuerzas sociales (Martin, et al 2002).

La escuela humanista-existencial es la cuarta vertiente de la Psicología, que emergió en el periodo moderno. La vertiente humanista-existencial se apoya en los movimientos filosóficos y psicológicos surgidos en los siglos XIX y XX, que tiene sus raíces en la filosofía existencialista de Sören Kierkegaard, Martin Heidegger y Jean Paul Sartre y los movimientos de resistencia durante la II Guerra Mundial (Gladding, 2000). Aunque Engler (1998), indica que filosóficamente, el existencialismo se refiere a la búsqueda de la esencia del ser y los principios inmutables que se cree gobiernan la existencia, psicológicamente, proponen entender a los seres humanos en un sentido más profundo, como actores de su vida cotidiana. El humanismo existencial, como movimiento disciplinar de la psicología, realiza una crítica a la preocupación asumida por los psicólogos y psicólogas de intentar predecir, modificar y controlar la conducta,

aludiendo que este quehacer se interpone en el camino para entender la realidad de la Persona (Gladding, 2000). El humanismo existencial considera a la persona impredecible y dueño responsable de sus decisiones y actos; acentuando aspectos existenciales: la libertad, el conocimiento, la responsabilidad, la historicidad. Además, el humanismo existencial critica la visión mecanicista del conductismo. De igual manera, critica la visión patológica y pulsional del ser humano que caracteriza el psicoanálisis y la visión receptora del cognitivismo (Villegas, 1986).

Aun cuando, en sus inicios, la corriente humanista existencial no consideraba asuntos relacionados al sexo y el género en su teorización del ser humano, De Beauvoir (1953), como filósofa existencialista, inicia, a mediados del siglo XX, una revisión filosófica de la construcción del género femenino. Su libro “El segundo sexo” (1953), constituye un corpus teórico que desmonta la desigualdad entre mujeres y hombres mostrando la desigualdad, como un constructo social. Al mismo tiempo, la autora proporciona las herramientas teóricas para reemplazar esta construcción opresora y de desigualdad, por una más igualitaria y liberadora. Con este escrito, De Beauvoir elabora una teoría crítica que se inserta en una tradición iniciada en el Siglo de las Luces y continuada por los movimientos sufragistas que se dieron en el feminismo (Tubert, 2003).

Vimos cómo las corrientes filosóficas y psicológicas del humanismo existencial retoman el tema del género desde visiones más críticas, que a su vez, propician la coyuntura de la posmodernidad. Es precisamente desde estas perspectivas y posturas desde las que proponemos abordar el proceso psicoterapéutico como un encuentro humano y un espacio emancipador. Para Neimayer & Mahoney (1998) la psicoterapia es la búsqueda humana más básica de la relación de conexión y de mutualidad de significado a pesar de que somos seres únicos, usando la base común que nos proporciona nuestro lenguaje y nuestra expresión para establecer un puente intersubjetivo entre nuestros mundos fenoménicos. Así, la psicoterapia se puede ver como una colaboración en la construcción y reconstrucción de significados, una sociedad íntima, pero temporal, en un proceso evolutivo que continuará mucho tiempo después de que acabe la terapia formal. Goolishian y Anderson (1998) traen a colación la metáfora de “la conversación”, que describe la terapia como la creación de nuevas historias que surgen del diálogo más que de la intervención deliberada del terapeuta. Este modelo posmoderno supone la primacía del significado frente a las leyes objetivas para entender el mundo social (Olson, 1997). Gergen (1985) igualmente, afirma que todo conocimiento y significado son productos del intercambio social y son mediados por el lenguaje y la comunicación; cualquier realidad dada es intersubjetiva o la invención compartida de una comunidad de seres cognoscentes.

Este modelo, en contraste con el Modernismo, abandona los aspectos del programa psicológico positivista y se abre a nuevos enfoques que van desde el Construccinismo Social, la Hermenéutica, las Teorías Críticas del Feminismo, hasta la Escuela Frankfurt y el Post-estructuralismo de Michel Foucault y Jacques Derrida (Olson, 1997). En palabras de Steir (1991), con este modelo ha desaparecido la fe en un universo objetivamente cognoscible y, con ello, la fe en una ciencia humana “verdadera” que reflejará la realidad psicológica sin distorsiones. En su lugar, Neimayer & Mahoney (1998) sostienen que se encuentran múltiples y diversas perspectivas que rebasan las ciencias sociales y las humanidades, cuyo hilo común incluye el reconocimiento de realidades divergentes, construidas socialmente y situadas históricamente, que se oponen a una comprensión adecuada en términos objetivistas.

La Postura de la Ignorancia y el Género:

El proyecto de la modernidad presupone la coherencia y consistencia de las construcciones sociales y de las subjetividades. Sin embargo, cuando examinamos la práctica social encontramos que las personas son mucho más complejas y sus prácticas menos lineales y dicótomas que lo que generalmente esperábamos. Un crítico de esta supuesta objetividad paradigmática lo fue Martín-Baró, quien desde el contexto latinoamericano, brindó una nueva mirada a las maneras en que se hacía la psicología. Martín-Baró (1989) afirmó que el quehacer primordial del psicólogo y la psicología como disciplina, dentro del contexto centroamericano, es la concienciación. El autor, utilizó la mirada de Freire (1970) al examinar el proceso de toma de conciencia como el proceso reflexivo en que el oprimido se adueña de su realidad y deja de naturalizarla. Para Martín-Baró (1989 y 1998), adquirir conciencia de la realidad social es un escalón hacia el cambio social pues supone una transformación personal y social al tomar un saber crítico de sí mismo y su realidad. No garantiza el cambio social, pero no se da sin la concienciación. Para Baró (1989) no se trata de abandonar la psicología, sino de poner el saber psicológico al servicio de la construcción de una sociedad que no requiera que la realización de unos requiera la negación de los otros. Es imperativo que como psicólogos y psicólogas reconozcamos la realidad social de opresión y asumamos una postura emancipadora en nuestro quehacer.

Los terapeutas que trabajan desde un marco construccionista reconocen sus premisas, puntos de vista, parcialidades y preferencias. Así pueden observar cómo construyen el fenómeno que observan y su relación con ellos mismos. Deciden sus actuaciones en función del significado que generan con el cliente de la situación problema y pretenden crear diferencias y novedades proyectadas hacia el futuro

(Fruggeri, 1996). Los terapeutas abrazados al paradigma construccionista hacen énfasis fundamental a lo narrativo: la conversación terapéutica debe ser un diálogo que favorezca una relación de participación y colaboración, en lugar de una relación técnica, jerarquizada o intervencionista. El proceso terapéutico se describe como una conversación en la cual el terapeuta escucha los relatos del consultante y le abre espacio a lo no dicho. Se entiende como una relación de gran respeto en la que se da prioridad al punto de vista del consultante y se minimiza la influencia del terapeuta (Anderson & Goolishian, 1988).

Ahora bien, una de las posturas emancipadoras que desde la llamada posmodernidad se esboza teóricamente dentro del escenario psicoterapéutico es la Postura de la Ignorancia (Anderson & Goolishian, 1996). Para Anderson y Goolishian, los problemas o situaciones que traen los clientes al espacio terapéutico son acciones que expresan narraciones humanas, existen en el lenguaje y son propios del contexto narrativo del que derivan su significado. El cambio en la terapia es la creación dialogal de la nueva narración, de auscultar la posibilidad de nuevos significados para narrar la vida. Esta postura posibilita que el cliente pueda reflexionar en lo socialmente construido de su existencia, para poder resignificarlo y reconstruirlo de manera que le haga sentido. A su vez cuando el terapeuta se posiciona en el no saber, se evoca en el escenario terapéutico, un aire de tolerancia, inclusión y empatía por lo construido socialmente del género, que hegemoniza, aliena y oprime la vida cotidiana del Otro.

El primer supuesto en que se apoya la postura de la ignorancia es el expertise del cliente en su propia vida. Esto supone, la ignorancia del terapeuta acerca de la sapiencia existencial que implica la experiencia vital del cliente. Este enfoque psicoterapéutico considera el contexto social, histórico, sentido, en tanto significación, y la organización que el cliente le da a la experiencia propia.

El segundo supuesto utiliza la hermenéutica como base para cimentar la terapia en torno al diálogo, para comprender y generar significados; y sobre todo a la significación dada al *problema* y su disolución. Los problemas, entonces, constituyen los eventos que disminuyen el manejo efectivo, y que carecen de sentido en la narración del cliente. ¿Por qué la hermenéutica? La hermenéutica asume como supuesto que las personas organizan y significan su experiencia humana a través de construcciones sociales y realidades narrativas o dialógicas. Serán precisamente, estos “significados” los que se irán escudriñando en la terapia. El terapeuta se encarga de explorar cómo se significa la experiencia a través de la interpretación de las narraciones; para que en colaboración con el cliente se ausculte la posibilidad de nuevas significaciones, que brinden otras perspectivas de sentido a la experiencia vital. En esto descansa el tercer

supuesto. Anderson & Goolishian (1996) lo describen como la práctica de la interpretación de la conversación, más allá de su contenido lingüístico, sino en el sentido del significado. Así es como la terapia se convierte en un espacio de encuentro humano a través de la conversación terapéutica, en la que el terapeuta se convierte en “un artista de la conversación”.

Una de las herramientas que se usa desde la ignorancia, es la pregunta terapéutica. El terapeuta la utiliza para mantener su camino hacia la comprensión y surge siempre de una necesidad de saber más acerca de lo que acaba de decirse. Las preguntas terapéuticas son técnicas del Dialogo Socrático, que propician que en la conversación terapéutica, se visualicen nuevas posibilidades en cuanto a narración, significados y formas de manejar la realidad. La postura de la ignorancia, pone al descubierto algo desconocido e imprevisto y lo presentan como posible.

Guidano (1998) indica que para que el terapeuta pueda posicionarse desde la ignorancia, se hace necesario el proceso de auto-observación. Este proceso se refiere a la habilidad que desarrollaremos en el cliente de flexibilizar las evaluaciones de sus dinámicas internas. El terapeuta debe ser capaz de auto observarse en su propia realidad, no sólo para modelarlo al cliente; sino para flexibilizar sus propias evaluaciones. Guidano, (1998), desde la perspectiva constructivista, indica que el proceso terapéutico se da en dos niveles de interpretación: la experiencia momentánea y la simbología o significado dado a esa experiencia. Esto es la materia prima que usa el terapeuta para hacer las conexiones entre la experiencia y el significado. La auto-reflexión y auto-observación son las habilidades del terapeuta que radican en saber diferenciar entre la experiencia inmediata y el significado dado. Ciertamente, Neimayer y Mahoney (1998) postulan que la responsabilidad del terapeuta constructivista no es sugerir interpretaciones más acertadas de los hechos, sino crear un escenario para explorar un abanico de posibilidades *desde* el cliente. Este espacio teórico provee en la praxis, la consideración del género en la conversación terapéutica, pues supone mirar todas las construcciones sociales en las que está inmersa la vida cotidiana del cliente y su relación con el Otro.

A lo largo del escrito, se hace un recuento del quehacer psicológico del manejo de los conceptos que atañen al género, sus dinámicas relacionales y de construcción simbólica. En este análisis crítico se vislumbró que estas construcciones respecto al género se dan en el espacio de la vida cotidiana. Estas dinámicas sociales, a su vez, se reflejan en la producción de conocimiento del espacio académico. De igual manera, estas relaciones con el Otro que se dan en el espacio de la vida cotidiana y que se distinguen por ser construidas socialmente, están atemperadas a la historicidad, la

cultura, la religión, la economía, entre otras variantes socializadoras. Su distinción social necesariamente las hace de carácter deconstructivo y reconstructivo, en términos de significación.

Con estas miradas en perspectiva, se vislumbra lo siguiente: que las diferencias de género, los roles y estereotipos están inmersos en la construcción social de la realidad y que estas construcciones evolucionan y se re-significan en la misma medida en que evolucionan las personas y grupos sociales que los construyen. Además, se divisa que estos nuevos cambios se dan a la luz del ejercicio reflexivo de cuestionar la realidad de la vida cotidiana. La postura de la ignorancia en su ejercicio dialéctico, y desde la mirada del construccionismo social y su diversidad, provee el espacio terapéutico para realizar este cuestionamiento de la realidad, de “lo dado”, lo naturalizado de nuestro género. La postura de la ignorancia sirve de base para la emergencia de una postura de género en el espacio terapéutico; constituyéndola como un esfuerzo solidario para generar un nuevo significado en el cliente a través del diálogo y la narración terapéutica. Se apoya en las transformaciones terapéuticas que se logran al visualizar las narraciones desde una nueva perspectiva, adquiriendo una redefinición del significado. La postura de la ignorancia no permite que el conocimiento profesional del terapeuta y el estado de poder que implica nuble el encuentro terapéutico, pues dicho conocimiento está entramado en discursos hegemónicos de la ciencia positivista señalados a lo largo del escrito.

Desde la ignorancia, se eliminan las jerarquías entre terapeuta y cliente, haciendo saber al cliente que es el mejor conocedor de su propia existencia. Desde la ignorancia, ambas partes se sumergen en las aguas profundas de la solidaridad, el acompañamiento y la construcción de nuevas posibilidades de significado para la experiencia, que debe ser la terapia. Desde la ignorancia, surge una invitación al cliente a cuestionarse las realidades de su vida cotidiana y co-construir nuevos significados y posibilidades para desnaturalizar las experiencias de su vida cotidiana como las asociadas al género. Desde la ignorancia, el clínico asume la experiencia del acompañamiento terapéutico como un encuentro y no como un tratamiento.

Desde este posicionamiento se hace pertinente que los profesionales de la psicología conozcan y asuman una postura de género crítica en el espacio psicoterapéutico y en su formación como seres humanos. La posibilidad de asumir una postura de género crítica en el escenario de terapia para “hacer psicología”, brinda una mirada alterna al panorama de las relaciones con el Otro. Visualizar el aspecto de género provee una nueva perspectiva al terapeuta para ver y hacer ver al cliente cómo subyace la sociedad patriarcal, la masculinidad hegemónica y sexista en la queja

principal. Asumir las posturas de género, refiere el comprender y validar, que debido a la forma en que se han construido los roles de género, ha redundado en opresión para hombres y mujeres por igual. Una vez, se reconozca la opresión, que aunque distinta, avasalladora; podemos comenzar a edificar puentes entre los géneros.

Para realizar un planteamiento teórico y metodológico crítico desde la Postura de la Ignorancia y el trabajo con género se hace primariamente pertinente asumir una responsabilidad académica y profesional, al pensar en cómo el género hegemónico está integrado al sistema social y a la vida cotidiana. El modelo, también obliga a repensar nuestro quehacer psicológico en tanto herramienta transformadora y a asumir que toda ruptura de dicotomía, liberación femenina y liberación de la masculinidad hegemónica, está inseparablemente ligada a la concientización de los actores y las actrices sociales. Como se esboza a lo largo del escrito, la Postura de la Ignorancia se vale del diálogo terapéutico, la narrativa, la resignificación de la experiencia y de mirar la terapia como un encuentro, más que como un tratamiento; para hacer psicología. Tal vez adrede, no se evidencia una metodología terapéutica estructurada desde la Postura de la Ignorancia, para el manejo del género, pues en sí misma y sus implicaciones hace visible el conflicto de género en la vida cotidiana.

Adrede, es la propuesta de mirarlo, visibilizarlo y plantear nuevas miradas que se transformen en métodos. Es una invitación a la reflexión acerca de las desventajas que ha traído el asumir las intransigencias discursivas que permean tanto los modelos clásicos de psicoterapia como los estudios de género: la perenne dicotomía entre hombre-mujer, sexo-género, machismo-feminismo, estudios de la mujer-estudios de la masculinidad hegemónica y otras. Estas desventajas que aquejan la vida cotidiana del clínico y del cliente, posibilitan un replanteamiento para la construcción de una nueva mirada hacia las relaciones con el Otro, desde la tolerancia, la sensibilidad y la flexibilidad.

Referencias

- Anderson, H. & Goolishian, H. (1996). El experto es el cliente: La ignorancia como enfoque terapéutico. En S. Mc Namee & K. J. Gergen. (1996). *La terapia como construcción social*. Paidós, Buenos Aires: Cap. 2, 45-59.
- Bandura A. (1986). *Social foundations of thought and action: A social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Barrios-Klee, W. (2010). Reflexiones sobre los llamados estudios de género. Ponencia VII Congreso Centroamericano de Historia, UNAH, Tegucigalpa, Honduras.
- Bateman, A., Brown, D. & Pedder, J. (2000). *Introduction to Psychotherapy: An Outline of Psychodynamic Principles and Practice*. Routledge.
- Bem, S. (1981). *Gender schema theory: A cognitive account of sex typing source*. Psychological Review, 88, 354.
- Berger & Luckmann, (1967). *La construcción social de la realidad*. Ed. 20. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bergin, A. & Louis, S. (1994). *Handbook of psychotherapy and behavior change*. Wiley and Sons, Inc.
- Bernal, G. y Martínez-Taboas, A. (2005). *Teorías y práctica de la psicoterapia en Puerto Rico*. Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Blasco, J. (1992). El estadio del espejo: Introducción a la teoría del yo en Lacan. Conferencia leída en la Escuela del Psicoanálisis de Ibiza el 22 de octubre de 1992 en el IV Seminario de Sigmund Freud.
- Bly, R. (1990). *Iron John*. Reading, MA: Addison-Wesley.
- Brannon, R. (1996). The male sex role: our cultures blueprint of manhood and what it's *done for us lately*. En David, D. & Brannon, R. Eds. *The forty-nine percent majority* (pp 1-45). Reading, MA: Addison-Wesley.
- Brannon, L. & Feist J. (2004). *Health psychology: an introduction to behavior and health*. (5th ed.). Belmont, CA: Wadsworth.

- Bussey, K. & Bandura, A. (1999). Social cognitive theory of gender development and differentiation. *Psychological Review*, 106, 676-713.
- Connell, R.W. (1987). *Gender and Power: Society, the person and sex*. Cambridge, Ma: Polity Press.
- Connell, R.W. (1995). *Masculinities: The Social Organization of Masculinity* en Sydney, Australia: Allen & Unwin.
- Connell, R. W. (2001). Studying men and masculinity. *Resources for feminist research*, 43-56.
- Crawford, M. & Popp, d. (2003). Sexual double standards: A review and methodological critique of two decades of research. *Journal of Sex research*, 40, 13-26.
- De Beauvoir, S. (1953). *The Second Sex*. Vintage Books. p. 105.
- Engler, B. (1998). *Introducción a las Teorías de la Personalidad*. (4ta.ed.).(J.A. Velázquez Arellano, Trad.). México: Mc Graw-Hill.
- Fausto-Sterling, A. (2000). *Sexing the body*. New York: Basic Books.
- Ferguson, A. (2003). *Psicoanálisis y feminismo*. Anuario de sicología. Vol. 34, no. 2, 163-176. Facultad de psicología, Universidad de Barcelona.
- Ford, D. y Urban, H. (1998). *Contemporary models of psychotherapy*. Wiley and Sons, Inc.
- Foucault, M. (1980). *The history of sexuality, Volume one: An introduction*. Nueva York, Nueva York: Vintage Books.
- Frank, J. D. & Frank, J.B., (1991). *Persuassion and Healing: A comparative study of psychotherapy*. (3era Ed.) Baltimore: John Hopkins University Press.
- Freedman, E. (2002). *No turning back: The history of feminism and the future of women*. New York: Ballantine.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía do oprimido*. New York: Herder & Herder.

- Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*. Obras Completas, Vol. XIX. Buenos Aires, Amorrortu, 1989 (141-149).
- Fruggeri, L. (1996). El proceso terapéutico como construcción social del cambio. En S. McNamne, S. K. J. Gergen. *La terapia como construcción social*. (pp. 61-76). Barcelona: Paidós.
- García, T. (2005). Feminismo Postmoderno. *Revista EIDOS*, No. 8, pp. 222-232.
- Gergen, J. K. (1985). *The social constructionist movement in modern psychology* en *American Psychologist* 40 (3), pp. 266-275.
- Gergen, J. K. & Mc Namee, S. (1996). *La terapia como construcción social*. Paidós, Buenos Aires.
- Gergen, J. K. & Mc Namee, S, and associates. (1999). *Relational responsibility. Resources for sustainable dialogue*. Estados Unidos, Sage.
- Gil- Rodríguez, E. (2002). *¿Por qué le llaman género cuando quieren decir sexo?: Una aproximación a la teoría de la performatividad de Judith Butler*. Athenea Digital, núm. 2: 30-41. Universitat Oberta de Catalunya.
- Gladding, S. (2000). *Counseling: A Comprehensive Profession*. (4th ed.). Merrill: Prentice Hall.
- Guidano, V. (1998). La auto observación en la psicoterapia constructivista. En R. A. Neimeyer & M. J. Mahoney. (Ed). *Constructivismo en psicoterapia*. Buenos Aires: Paidós. Cap. 6.
- Halpern, D. (2000). *Sex Differences in Cognitive Abilities* (3rd Edition). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum, Associates, Inc. Publishers.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinvención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra, 1995.
- Humm, M. (1990). *The dictionary of feminist theory*. Columbus: Ohio State University Press. p. 278.

- Izquierdo, M. J. (1998). *El malestar en la desigualdad*. Madrid: Cátedra.
- Kaufman, M. (1991). *La paradoja del poder*. CIRAF: Santo Domingo, República Dominicana.
- Kaufman, M. (1997). *Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres*. Poder y crisis. Ediciones de las Mujeres No. 24. Isis Internacional/FLACSO-Chile. Santiago, Chile.
- Keen, S. (1991). *A fire in the belly: on being a man*. New York: Bantam.
- Kimmel, M. (1997). "La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes". En: Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres (17).
- Laqueur, T. (1990). *Making Sex: Body and gender from the greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Lamas, M. (2000). *El género: La construcción cultural de las diferencias sexuales*. México, PUEG, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- López, L. (2011). "La teoría de género y sus heterogéneas perspectivas, un reclamo pertinente", en Contribuciones a las Ciencias Sociales, noviembre 2011, www.eumed.net/rev/cccss/15/
- Martín-Baró, I. (1989). *Acción e Ideología: Psicología Social desde Centroamérica*. UCA Editores. San Salvador, El Salvador.
- Martín-Baró, I. (1998). *Psicología de la Liberación*. Edición y notas de Amalio Blanco. Madrid: Trotta.
- Martin, C., Ruble, D. & Szkyrbalo, D. (2002). *Cognitive theories of early gender development*. Psychological Bulletin. Vol. 128, Num. 6, pp. 903-933.
- Mc Luhan, M. (1964). *Understanding media*. Nueva York, McGraw Hill.
- Menjívar-Ochoa (2001). *Masculinidad y Poder*. En: Espiga. Revista de la Escuela de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Estatal a Distancia, Año II, No.4, julio-diciembre, San José de Costa Rica: UNED.

- Messner, M. (1997). *Politics of masculinities: men in movements*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Mitchell, J. (1976). *Psicoanálisis y feminismo*. Revista Anagrama, Barcelona.
- Morgan, D. (1981). *Men, masculinity and the process of sociological enquiry*. En Roberts, H. (Ed.), *Doing feminist research* (pp. 83-113) Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Neimeyer, R. & Mahoney, M. (1998). *Constructivismo en psicoterapia*. Cap. 6. Buenos Aires: Paidós.
- Olson, M. (1997). "Conversación" y "texto": dos lenguajes para una perspectiva de la terapia que sea sensible al género. En Construcciones de la Experiencia Humana, Compilación de Marcelo Pakman, Vol. 2.
- Pleck, J. (1995). The gender role strain paradigm: An Update. En R.F. Levant & W.S. Pollack (Eds.), *A new psychology of men* (pp. 11-32). New York, NY: Basic Books.
- Pleck, J. (1981). *The myth of masculinity*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Pujal, M. (2002) Estudi de cas: el feminisme. Un moviment social generador de saber crític. En Domènech, M. i Pujal, M. (coord.) *Psicologia dels grups i els moviments socials* (Barcelona: Eurecomedia, en prensa).
- Ritzer, G. (1974). *Sociology: A multiple Paradigm Science*. Boston: Allyn and Bacon Eds.
- Rousseau, J. J. (1981). *El contrato social*. México, D. F: Aguilar.
- Rubin, G. (1975). *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad*. En *Toward an Anthropology of Women*, New York, Monthly Review Press, pág.159.
- Stoller, R. (1964). *Sex and gender*. Nueva York: Science House.
- Toro, J. (2006). *Masculinidades y Homosexualidades: La Emancipación de la Norma y la Resistencia del Deseo*. Investigación sobre la construcción social de la masculinidad en hombres que tienen sexo con hombres financiada por el Decanato de Estudios

Graduados e Investigación (DEGI) del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.

Toro – Alfonso (2008). *Masculinidades subordinadas: Investigaciones hacia la transformación del género*. Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas Editores.

Toro – Alfonso (2009). *Lo masculino en evidencia: Investigaciones sobre la masculinidad*. Puerto Rico: Publicaciones Puertorriqueñas Editores.

Tubert, S. (2003). *Del sexo al género: los equívocos de un concepto*. Feminismos: Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia.

Unger, R. (1979). *Toward a redefinition of sex and gender*. *American Psychologists*, 34, 1085-1094.

Vargas-Mendoza, J. (2007). El conductismo en la historia de la psicología. México: Asociación Oaxaqueña de Psicología A.C.

Villegas, M. (1986). Psicología Humanista: Historia, concepto y método. *Anuario de Psicología*. Núm. 34, (1). Facultad de Psicología, Universidad de Barcelona.

Walker, R. (1992). *Becoming the Third Wave*. MA, January/February, 39–41.

Walsh, M. (1985). *Academic professional women organizing for change: the struggle in psychology*. *Journal of social issues*, 41 (4), 17-28.

Welter, B. (1978). The cult of true womanhood: 1820-1860. In Michael Gordon (Ed.), *The American family in social-historical perspective* (2nd ed., pp. 313-333). New York: St. Martin's Press.

West, C. & Zimmerman, D. (1987). Doing gender. *Gender and society*, 1, 125-151.